

Orizaba; el almirante inglés lo afirma; el general Almonte se vanagloria en afirmarlo. Esta candidatura ha sido objeto de conversaciones diplomáticas entre M. Thouvenel y el embajador de España. M. Billault mismo, en cierta parte de su discurso al Cuerpo legislativo, nos dice: «que el emperador había indicado este candidato porque no podía despertar rivalidad alguna entre los aliados, etc.»

La *Opinion National* de 20 de Mayo de 1862, dando por sentado que los proyectos de monarquía existían realmente (proyectos que ese diario combatía con gran fuerza de razón), decía:

«.....Podemos, al triplicar los gastos de la guerra de Crimea, formarnos una idea de lo que nos costaría una guerra que, aun obteniendo la victoria, nada resolvería en nuestro favor, y que sería un aplazamiento, pues la fuerza de las cosas y de las situaciones estarían contra nosotros.

«Si es el Veneto el que se quiere conquistar en México, valdría cien veces más conquistarlo en Italia. Algunos meses de campaña, 500 á 600 millones bastarían para el negocio. Una expedición semejante no acarrearía los gastos ni los desastres comerciales que serían el inevitable resultado de un conflicto con la América del Norte.»

El mismo diario, fecha 10 de Mayo, había dicho:

«Nosotros somos los muy humildes servidores de S. A. el archiduque Maximiliano; pero si él tiene deseo de un trono en América, ¿por qué no va él mismo á conquistarlo?..... ¿Por qué no devolver al arado los soldados á quienes exponemos en esta inútil expedición? ¡Y cuánto deploramos los millones que vamos á gastar! ¡Habrían figurado también en las columnas nuestros presupuestos! Ellos nos habrían eximido de pagar más caro el azúcar y la sal. Si era absolutamente preciso el gastarlos, habrían bastado para duplicar durante diez años el presupuesto de la instrucción primaria, para el cual M. Rouland no se atreve á pedir al Cuerpo legislativo, asustado con tantos gastos inútiles, el dinero necesario.»

Lo dicho pone fuera de duda que los proyectos de monarquía han existido realmente. Desde que el archiduque Maximiliano tuvo la generosidad de renunciar al trono, como el vizcaino de la fábula, los fundadores oficiales y extra-oficiales de monarquías han discutido si no le sentaría bien la corona de Moctezuma ya al conde de Flandes, ora al príncipe heredero de

Baden. Pero dejemos hablar á este respecto á un corresponsal de la *Gironde*, de Burdeos. Dice así:

«Uno de nuestros amigos nos escribe, que no ha habido modificaciones en el proyecto de levantar un trono en México; pero que sí parece prepararse un cambio de candidatura. — El príncipe Luis de Baden, que va á tomar parte en la expedición en calidad de voluntario, es hermano del gran duque reinante de Baden, y sargento mayor en el ejército prusiano, en el cual entró, joven aún, como cadete. La familia de Baden está aliada á la familia Bonaparte por la princesa Estefanía, nacida en Beaucharnais, que contrajo matrimonio con un mangrave de Baden.

«Todos saben la intimidad que existe entre el emperador Napoleón III y su parienta la princesa Estefanía. Nuestro corresponsal hace mérito de estos pormenores, y termina preguntando si el príncipe Luis de Baden no será, acaso, un futuro candidato para el trono de México.»

En fin de cuentas: el gobierno francés mantiene la ocupación de Roma, á fin de que el pueblo no vote contra el poder temporal del Pontífice; da cuerpo á su expedición contra México, á fin de que el pueblo vote contra el gobierno que él mismo se ha dado. — En uno y otro caso, *la libertad se otorga amplia y entera*: allí para no hacer; aquí para no votar por la monarquía.

### XIII.

#### *¿Quiénes son los monarquistas en México?*

Los principios que están triunfando en el mundo enseñan que cada pueblo tiene perfecto derecho para constituirse y gobernarse como á bien lo tenga. Esta fórmula resume lo que es la soberanía. Estos principios han sido proclamados aun en la Francia de 1852, pues Napoleón al echar sobre sus hombros el manto imperial, se llamó hijo de la gran revolución de 89 é invocó el sufragio universal. La funesta teoría de las intervenciones, sobre todo armadas, no es de la época, porque la justicia la condena.

Si los mexicanos quisieran cambiar la forma republicana por la monárquica, en su derecho estaban; pero no lo han querido, puesto que su gobierno es republicano, y que los ensayos que se han hecho para destruir ese modo de ser político de la nación han terminado trágicamente.

Con toda su gloria, Iturbide tuvo que pagar con su cabeza por haber atentado contra el voto popular.

La monarquía en México es imposible, porque no hay monarquistas, — porque los valles, las cordilleras, las inmensas distancias, — la vida agitada que han llevado los ciudadanos durante más de cuarenta años, — la educación, las costumbres, el contacto con las otras naciones del Nuevo Mundo, — todo, en fin, hace necesaria la conservación de la forma republicana.

Aun cuando las bayonetas francesas lograran establecer mañana una monarquía el monarca, nacional ó extranjero, tendría á poco andar que ir al cadalso ó emprender el camino del destierro; y esto aunque se declarase necesaria una ocupación indefinida.

En México no hay monarquistas, á pesar de las aseveraciones del eminente, ilustradísimo y muy leal Sr. D. J. Hidalgo, antiguo secretario de la legación de la República en Francia, que desde entonces trabajaba por el establecimiento de una monarquía, á fuer de leal y cumplido servidor de la patria.

Y para probar que en México no hay monarquistas ni elementos para fundar una monarquía, las pruebas nos abundan; pero sólo queremos apelar á las que son irrecusables. Hé aquí algunas de ellas:

El *Eco de Europa*, órgano español de los expedicionarios, decía en su número 9, correspondiente al 19 de Marzo de 1862:

«La primera cuestión que se debía ventilar para resolver el problema de México, sería ésta: — ¿Hay en México elementos para una monarquía? — Los que responden afirmativamente solo piensan en que México vivió trescientos años bajo la forma monárquica, y comparan la prosperidad que entonces alcanzó el país, con la miseria á que ha sido reducido en los cuarenta años que lleva de llamarse República; pero esto no es bastante para resolver la cuestión. Nosotros, para decir verdad, no hemos visto aquí buenos elementos republicanos, porque todos los ensayos de la República en todas sus modificaciones posibles, desde la unitaria hasta la federativa, han sido desastrosos: pero tampoco hemos visto los elementos propios de una monarquía. De todos modos esta cuestión es tan árdua, que no nos atreveríamos nosotros á resolver sino después de muy largas y muy graves discusiones filosóficas é históricas, demasiado largas para un artículo de periódico, y demasiado graves para nuestro propósito actual.

Dejemos, pues, esta cuestión en su punto, porque no nos incumbe á nosotros ponerla en escena, y vamos á examinar otra, que es por su orden la segunda en el caso presente.

«La segunda cuestión es ésta: — ¿Existe en México una opinión en favor de la monarquía? Esta cuestión es mas fácil de resolver que la primera, porque aquí se trata de hechos, de hechos recientes, de bulto, palpables, y estos hechos la resuelven, como lo vamos á ver, de una manera negativa.

«México tuvo al nacer lo que podríamos llamar la monarquía de la gloria; y sin embargo, aquello fué un sueño y nada más, una fiesta brillante que acabó con un sacrificio sangriento. La República no perdonó ni á su libertador al haberse puesto una corona, y con aquella venganza terrible anunció al mundo, que del capitolio mexicano hasta su roca Tarpeya no había mas que un paso.

«Hace ya mas de veinte años que las desdichas de México habían llegado á su colmo: la forma republicana parecía vencida en todas las pruebas, porque todas habían sido marcadas con nuevos y mas grandes infortunios. Entonces se levantó un mexicano respetable por su talento, por su posición y por su familia, que evocando en un folleto los grandes recuerdos del régimen monárquico, y presentando á la vista las desventuras nacionales como tristes frutos de la República, propuso la monarquía como el único remedio para los males de su patria. Lo hizo con raro ingenio, con copia de razones, con noble franqueza y con acendrado patriotismo; pero nada de esto le valió; sus razones no fueron discutidas, sus compatriotas respondieron á ellas con un grito de unánime reprobación, y el gobierno de la época, que no era su enemigo, tuvo que deterrarle para dar una satisfacción al espíritu público. Desde entonces parece que las puertas de la patria se le cerraron para siempre: muchas veces han estado en el poder sus amigos, sus parientes, sus antiguos correligionarios, pero él no ha vuelto á su patria, y ha envejecido en tierra extranjera.

Mas tarde los restos del antiguo partido escocés quisieron reorganizarse para luchar con sus adversarios políticos; pero lo hacían tímidamente, porque llevaban un nombre odioso; el país los llamaba monarquistas, y esto era una especie de sambenito que les cerraba la arena de los combates. Hubo entonces un escritor que qui-

so rehabilitarlos, y los llamó conservadores. Con este nuevo bautismo hicieron nuevos prosélitos, lucharon y vencieron, y han seguido luchando hasta hoy, unas veces en el poder y otras debajo, como uno de los grandes partidos de la República.

"Estos hechos revelan que la forma monárquica no tiene partidarios en México; si hay para ello razón ó nó, á nosotros no nos toca averiguarlo; consignamos los hechos que al parecer deciden la cuestión propuesta, y esto nos basta por ahora, mientras pasamos á la cuestión tercera, que parece ser la cuestión del día."

El Sr. Perez Calvo, cronista de la expedición española, decia en la carta que ya hemos citado.

"Afortunadamente para el Emperador, su digno y simpático representante, M. Jurien de la Gravière, ha tenido ocasion de conocer en los tiempos que lleva en la República, que las hipótesis impuestas á la prevision de M. Thouvenel, no han pasado de la teoría á la esfera de los hechos consumados; van á cumplirse tres meses de la permanencia de las fuerzas aliadas en México, y en este tiempo más que sobrado para organizar y llevar á cabo una revolucion donde hay elementos, ni la parte sana, ni persona alguna, se ha acercado ni ha dado señales de vida, ni hecho el menor esfuerzo, para constituir ese gobierno; ni en Veracruz, ni en Córdoba, ni en Orizaba, todas poblaciones de importancia, ha habido nadie que haya manifestado, no ya deseos, sino simpatías por que se establezca la monarquía. Y no se diga que esto podia consistir en que se ejerciera presión por la fuerza del gobierno, porque en todas ellas, antes de que nosotros las ocupáramos, no ha quedado un soldado mexicano; y ha podido muy bien la parte sana á quien se refiere la nota, intentar ese esfuerzo, teniendo noticia de la próxima llegada de los expedicionarios. Yo confiero la verdad, y lo que ha pasado por mí ha pasado por todos, lo mismo ingleses que franceses, que españoles, era tal la idea que traíamos de la presión de la anarquía, del desorden y hasta de la disolución social en que la República se encontraba, que al entrar en los pueblos creíamos que vendrían á recibirnos con palmas y con vítores y aplausos, por lo ménos cuantos representaban los intereses permanentes de la sociedad; nada de esto ha sucedido. ¿Y qué hemos visto en cambio? Que nos han recibido en unas partes con sequedad, con marca-

do desaire en otras y con absoluta desconfianza en todas; que el gobierno supremo de la República ha sido ciegamente obedecido; que todos los Estados han respondido al grito de alarma dado por la capital, que las fuerzas que ocupaban los puntos de importancia militar, allí han permanecido hasta que el gobierno ha mandado que se retiren; que todo el mundo ha empuñado las armas al temor de que se atacara la independencia de la patria, y que los hombres de posición y de intereses que habia en Veracruz se han ido en su mayor parte á establecer, abandonando sus fortunas, á los puntos donde habia autoridades mexicanas.

"Ahora bien, ¿donde están los monárquicos? ¿Es posible en este país la monarquía? ¿Habrá algun temerario que se atreva á levantar esa bandera? Podría nacer alguna escudarla con la suya?"

"Los monárquicos son los expulsados del país, los que saben que no pueden volver á él sino cubiertos con las bayonetas extranjeras; los que han desembarcado en Veracruz, y pretenden pasar al interior á la sombra de esos 4,000 franceses (y ahora 15,000) que están á punto de desembarcar; los que no han tenido valor para arrostrar el peligro y acudir al sitio mas apropiado á su plan y á la reunion de sus conjurados; los que han dejado pasar tres meses desde que llegaron las fuerzas expedicionarias sin dar el menor grito ni hacer la mas pequeña demostración; los que no han tenido presente que la oportunidad es el gran secreto de las revoluciones y que todo lo que hagan ya es tarde, y ha de llevar el sello de una farsa ó de un sainete, esos son los monárquicos, esos los que hoy proscritos y alejados del poder en que se enseñorearon por mucho tiempo, ni se acordaron de la monarquía, ni pusieron en juego para plantearla los elementos de que entonces mejor que hoy, podian disponer, ¡al menos hubieran salvado su decoro! Hubieran obrado como leales patricios, como mexicanos, y no hubieran esperado á pensar en obra semejante, cuando expulsados de la República se introducen en ella con el pasaporte falso de una intervencion extranjera.

"Ya se me ocurre que esto dirán los monárquicos recién llegados de las orillas del Sena, los Almontes y los Haros, que ahí están Márquez y Zuloaga, y Vicario, y algun otro cuyo nombre no recuerdo, y que atacan al gobierno existente, aun escudados por las montañas. ¿Y son estos los monárquicos? ¿Son la genuina repre-

sentacion de la bandera que se pretende levantar? Yo tengo documentos á la vista que prueban todo lo contrario. Constituidos estos señores en gobierno supremo en Zimapan, publican su *Boletín Oficial*, y en el núm. 2 fecha 26 de Diciembre de 1861 despues de evocar los nombres de los héroes de la independencia, les dicen á los hombres de la situación: "atrévase vdes. á repetir que los discípulos de los sucesores de aquellos hombres de corazón puro, de fé sincera, quieren que México deje de ser libre."

"¿Y lo sería, pregunto yo, imponiéndoles un trono y un monarca extranjero?"

Pero hay más, defendiéndose contra el cargo de que los reaccionarios de 1821, apoyaron la monarquía, porque era análoga á las habitudes y educacion del pueblo, dice de este partido, para justificar que no quiere la monarquía.

"Hemos visto á los conservadores de 1829 sostener la federacion, porque es más fácil arreglar lo existente que crear un nuevo sistema: á los conservadores de 1836 establecer el centralismo, porque los mexicanos, como decia Tácito de los romanos, no sabian ser libres, ni querian en todo obedecer; á los conservadores de 1843 refundir el centralismo y reformarlo, y á los conservadores de 1855 opinar por el restablecimiento de este nuevo sistema con nuevas reformas. Tal es tambien la fé política de los conservadores que vimos hoy; tenemos derecho á ser creídos, porque siempre hemos sido fieles á nuestras tradiciones y consecuentes con nosotros mismos."

"Esto dice el periódico oficial de Márquez, en el núm. 2 que publicó: pero todavia dice más en el núm. 1.º, y de propósito lo he dejado para concluir con mi primera pregunta: contiene este el programa del partido conservador, cuyo primer artículo es como sigue:

"El partido conservador repugna y rechaza todo proyecto que disminuya ó ponga en peligro la independencia de la nación," y el 6.º que dice así: "Piensa que conviene al país la forma de gobierno republicana, representativa, popular, central."

"Esto dicen hoy los reaccionarios que tienen las armas en la mano; esto no necesita comentarios. ¿Dónde están los monárquicos cuando, hasta los jefes de la reaccion, rechazan este nombre que hasta les infama?"

"¿Habrá algun temerario que se atreva á levantar esta bandera? ¿Quién duda que

lo habrá? Yo me atrevo á asegurarlo, y sin temor de equivocarme, hasta designarlo por su nombre: á los pocos dias de llegar á Veracruz sabia yo que el Sr. Almonte era esperado, que la expedición francesa habia de reforzarse, y que era el designado para determinar á la parte sana de la población é intentar un esfuerzo para constituir en el país un gobierno que prestará las garantías de fuerza y de estabilidad; sabia yo que al frente de este gobierno, que tendría el carácter de provisional, y al que no se negaría la simpatía y el apoyo moral de una nación poderosa, se colocaría al Sr. Almonte; que procedería inmediatamente á la constitucion definitiva del país; que para esto se convocaría una representación con poderes limitados y no por elección popular, sino cubriendo, con el nombramiento de elevadas categorías, la representación de todas las opiniones de diferentes personas; serian miembros de este Congreso soberano, los que hubieran sido presidentes de la República, los presidentes del Supremo Tribunal de Justicia, los gobernadores de los Estados, y otros altos funcionarios; pero como, ajustada la cuenta despacio y efecto de haber pasado los reaccionarios por el poder más veces que los liberales, resultaría una gran mayoría á favor de aquellos, se constituiría el país por medio de una monarquía, y se nombraría monarca á un príncipe que no fuera de la casa reinante de los monarcas aliados, por ejemplo al archiduque Maximiliano de Austria; así se presentaría el resultado á los ojos del mundo como espontáneo, natural y libre de toda composición extranjera, y la República Mexicana pasaría, por una transición natural y por el voto de un centenar de personas, á ser una monarquía con un monarca austriaco, con un monarca á quien habría necesidad de enseñar á hablar el español en la edad en que difícilmente se aprenden los idiomas; ¡pobre señor! Si, como yo creo, el príncipe es una persona ilustrada y ha estudiado la historia de Europa en el siglo XIX, antes de ponerse en camino mirará lo que hace. Los monarcas improvisados é impuestos no han hecho fortuna en países donde se habla el idioma castellano. Semejante bandera sólo ha podido sostenerse alguna vez con la punta de las bayonetas; el día en que han faltado, se la ha visto desaparecer hecha girones por la corriente de la independencia nacional.

"¿Y podría nacer alguna con su bandera secundar en la República Mexicana

la bandera de la monarquía? Lo diré con la franqueza que yo escribo: tengo para mí que la Francia, puesto que de la Francia se trata, por sí y ante sí, libre de la menor oposicion de parte de sus aliados, que declinarán toda responsabilidad, podría imponer á la República, en un período poco más ó ménos largo, con las fuerzas de que hoy dispone ó acrecentando su número, una monarquía y un monarca. La fuerza que hoy manda el imperio, y las consideraciones que hoy le guardan las naciones que están altísimamente interesadas en que no se turbe la paz del mundo, podrán no oponerse en el camino para la consumacion de este proyecto. Francia llevaría sus legiones á México, y allí se establecería la monarquía y el príncipe Maximiliano se sentaría en el trono, ¿y qué sucedería? Que monarquía y monarca no extenderían su poder más que en los estrechos límites de la capital, y eso mientras estuviera guardada por las bayonetas francesas. El emperador y la Francia lo saben muy bien, tienen el ejemplo vivo inmediato, y comprenderán que lo que tantos sacrificios les cuesta á la puerta de la casa, puede ser hasta la muerte á dos mil leguas de distancia. Cuarenta años de República, por más que las disensiones políticas la hayan quebrantado, no han podido ménos de crear hábitos y costumbres que es imposible suplantar en un solo día. México desde su independencia no ha conocido más que unos cuantos meses de monarquía imperial. Don Agustín Iturbide fué su emperador constitucional, ¿y de qué manera? Fué nombrado como se nombraban los emperadores de Roma y Constantinopla en la decadencia de aquellos imperios—por la sublevacion de un ejército ó por los gritos de la plebe congregada en el circo, aprobando la eleccion de un Senado aterrizado y corrompido. Este emperador, despues de ocho meses de reinado, sufrió la pena de muerte siendo pasado por las armas, ¡y habia dado la independencia á su patria! ¡Qué leccion y qué escarmiento!

El señor conde de Reus, en la carta que desde Orizaba dirigió al emperador Napoleón, con fecha 17 de Marzo de 1862 decia:

"A más tengo la profunda conviccion, señor, de que en este país son muy pocos los hombres de sentimientos monárquicos, y es lógico que así sea, cuando aquí no conocieron nunca la monarquía en las personas de los monarcas de España, y si solo en la de los vireyes, que gobernaron cada uno segun su mejor ó peor criterio y

propias luces, y todos segun las costumbres y modo de gobernar á los pueblos en aquella época ya remota. La monarquía, pues, no dejó en este suelo ni los inmensos intereses de una nobleza secular, como sucede en Europa cuando al impulso de los huracanes revolucionarios se derrumba alguno de los tronos, ni dejó intereses morales, ni dejó nada que pueda hacer desear á la generacion actual el restablecimiento de la monarquía que no conoció, y que nadie y nada la ha enseñado á querer ni venerar."

"La vecindad de los Estados-Unidos, y el lenguaje siempre severo de aquellos republicanos contra la institucion monárquica, han contribuido mucho á crear aquí verdadero odio á la monarquía; al paso que la instalacion de la República desde hace cuarenta y más años, á pesar de su desorden y agitacion constante, ha creado hábitos, costumbres y hasta cierto lenguaje republicano que no seria fácil destruir. Por lo dicho, y por otras razones que no se pueden ocultar á la elevada penetracion de S. M. I., comprenderá que la opinion inmensamente general en este país, no es ni puede ser monárquica; pero si la lógica no bastara, bastará á demostrarlo el hecho de que en dos meses que las banderas aliadas ondean en la plaza de Veracruz, ni hoy que ocupamos los puestos importantes de Córdoba, Orizaba y Tehuacan, en donde no han quedado fuerzas mexicanas ni más autoridad que la civil, ni monárquicos, ni conservadores han hecho la menor demostracion, siquiera para hacer ver á los aliados que tales partidarios existen."

Y por no llenar mas hojas de papel, nos abstenemos de publicar las protestas de muchos mexicanos y españoles residentes en México, á quienes se les ha hecho figurar en las notas redactadas por los amigos del Sr. Almonte, y en las cuales se adhieren á sus famosos planes.

Si los proyectos de monarquía ó de conquista continuasen, no habria ya medio alguno de disfrazar la violencia. La fuerza apareceria conculcando el Derecho; y la fuerza puede triunfar momentáneamente, pero la decisiva pertenece al Derecho.

Esperemos que la Francia imperial vuelva sobre sus pasos, y se contente con tratar al entrar en México.

## XIV.

*Los que aspiran por regenerar á México.*

No hablemos de los traidores: aun sus mismos amos los desprecian. Pero hay en esta cuestion de México políticos que de buena fé han creido que es preciso regenerar á México por medio de las bayonetas extranjeras, como los ha habido, que solo desean resolver algunas cuestiones de política europea, trasladando á los países americanos á ciertos actores del gran drama que hoy se presenta. Unos y otros han gritado; es preciso regenerar á México.

Ya hemos visto lo que dice el ilustrado cronista de la expedicion española: él alza la voz contra los que han calumniado á México, apellidándolo un pueblo degradado y corrompido; y presenta hechos notables que destruyen aquella calumnia.

Pero suponiendo que México necesitara ser regenerado, ¿cómo se lograria esto? ¿Seria manifestándole que la fuerza es superior al Derecho, y que teniendo cañones y buques, blindados se puede hacer todo? ¿Seria apoyando reclamaciones como la de Jecker, que pide 75 millones de francos por tres millones que dió en empréstito? ¿Seria proclamando el principio de la no intervencion y practicando la doctrina de la intervencion *hany how*?

Se predica con el ejemplo: se enseña con actos. Si un gobierno cree natural deber violar el Derecho de Gentes, se le enseña prácticamente á respetarlo; pero no se obra con respecto á él violando todo derecho y toda forma. Eso seria como si el disoluto quisiese predicar la continencia y la morigeracion de las costumbres.

Si realmente se desea que en América se observen estrictamente las leyes del Código internacional, es preciso enviar diplomáticos que respeten la justicia, que no se alien con partido alguno, que no tomen parte en las cuestiones domésticas, que no apoyen reclamaciones escandalosas, que no auxilien á los aventureros que desean hacer rápida fortuna, á costa del Erario público de esos Estados. Es preciso tambien, que cuando se demuestre que un agente diplomático europeo, viola los principios de justicia y de falta á los miramientos que se deben á todo gobierno, no se les apoye con obstinacion, sino que se les censure públicamente. El fuerte se honra atacando el derecho del débil.

Pero ¿hasta cuándo duraría la expedicion regeneradora? ¿Hasta cuándo los me-

xicanos que no pertenecen á la *parte sana* (en la cual figuran en primer lugar los señores Márquez, Almonte, Miranda, Hidalgo) llegarán á estar sanos y á curarse de la maldita lepra? Esta pregunta se le ha ocurrido al distinguido escritor M. Prevost-Paradol, quien decia en el *Courrier du Dimanche*, fecha 20 de Julio de 1862:

"No hay que pararse en peligros, dicen los intrépidos; no nos contentaremos con fundar un gobierno cuya caida inmediata nos colocaría en una falsa situacion; le prestaremos mano fuerte, todo el tiempo que sea necesario.—¿Y cuánto tiempo, si gustais responder?—Sin duda será hasta el día en que su gobierno sea más estable que los de la vieja Europa; hasta el día en que los pueblos amen los gobiernos de la invasion, y mantenidos por la proteccion extranjera. ¿No es esto lo que queréis decir? Y si retrocedéis ante una conclusion tan funesta á nuestras finanzas, tan ofensiva al buen sentido público, decidnos, por Dios, ¿cómo os retiraréis de esta empresa, á qué época y por qué medios contais salir de ella? En fin, si todos nuestros cálculos salen fallidos y si todos nuestros sacrificios son inútiles,—¿quién será el responsable de las faltas cometidas, y bajo qué forma se ejercerá esta responsabilidad?"

Los fautores de la expedicion, habian hecho creer en Francia que, al presentarse los expedicionarios, los mexicanos los aclamarían como á libertadores. Esto no ha sucedido, sino lo contrario; y el general de Laurencez, en su orden del día, fecha en Orizaba el 21 de Mayo, no ha podido ménos que decir:—"... Se os habia repetido cien veces que la ciudad de Puebla os invocaba, y que su poblacion se apresuraria á recibiros para cubrir de flores vuestro camino. Esta ciudad estaba erizada de barricadas y dominada por una fortaleza donde se habian acumulado los medios de defensa."

Esto probará una vez más que la expedicion tiene que habérselas, no con una *minoría opresiva*, sino con la nacion entera. ¿Qué hacer? M. Favre ha trazado el programa más juicioso, á nuestro modo de ver:

"No hay vacilacion posible, ha dicho. El único partido que sea compatible con el interés, con el honor y con el porvenir bien entendido de la Francia, es éste: *tratar con México, y retirarse.*"

Pero M. Favre no es sino diputado, elocuente orador, excelente abogado y hombre de corazon.